



a l'ombra de l'alzina
a la sombra de la encina
à l'ombre du chêne
all'ombra della quercia
Magdalena Aulina

15-04-2022

«El Señor me ha respondido: "Te basta mi gracia: la fuerza se realiza en la debilidad". Así que muy a gusto me glorío de mis debilidades, para que resida en mí la fuerza de Cristo. Por eso vivo contento en medio de las debilidades, los insultos, las privaciones, las persecuciones y las dificultades sufridas por Cristo. Porque cuando soy débil, entonces soy fuerte» (2 Co 12, 9-10).

Hoy reflexionamos sobre la virtud de la fortaleza. Aunque sea Viernes Santo. Precisamente porque es Viernes Santo. Hoy no es el día de la total debilidad de Jesús, no es el día de su derrota. ¡No! Hoy es el día en el que él revela toda su fuerza.

Juan Bautista -fuerte en el ayuno, en la renuncia, en la soledad, en la coherencia- dice que Jesús es "más fuerte" que él. El Evangelio dice que el único fuerte es Jesús, porque su fuerza reside en la relación única que tiene con el Padre. Y de esta relación viene esa fuerza que es el Espíritu Santo, el que da vida.

Jesús no se presenta como un héroe. Se llama a sí mismo "manso y humilde de corazón". Y es él quien siente angustia y tristeza en Getsemaní, pidiendo que pase el cáliz de la Pasión. Es precisamente en el momento extremo de la vida que saca del Padre la fuerza para entregarse en las manos de sus enemigos. Porque es entonces cuando brota de sus labios la forma más afectuosa de dirigirse al Padre: "Abbá, papá". Sabe que la voluntad del Padre es una voluntad de amor. Está seguro de eso y se abandona a él.

Por eso Jesús es más fuerte que Juan Bautista. Por eso Pablo puede llegar a decir que en el mártir -el héroe cristiano por excelencia- la fuerza está en la debilidad. Lo que es debilidad de Dios es más fuerte que los hombres... ¡Dios ha escogido lo débil del mundo para confundir a los fuertes!

También podríamos pensar que Jesús se muestra fuerte cuando calma el mar embravecido o cuando resucita a la hija de Jairo o al hijo de la viuda de Naín o a Lázaro. Pero precisamente estos milagros nos llevan a lo que, en Cristo, es la verdad que se impone a todo: Él ha vencido la muerte. La muerte -la experiencia que ninguno de nosotros puede vencer y ante la cual todos sienten toda su fragilidad- es vencida por Cristo. Pasando "dentro la muerte", Cristo resucita por el amor del Padre en la fuerza del Espíritu.

La cruz y el sufrimiento son un tesoro precioso de la Iglesia. La verdadera Iglesia es la Iglesia de los mártires.

Pero "el martirio se concede a unos pocos, mientras que todos deben estar preparados para confesar a Cristo ante los hombres, y a seguirlo en el camino de la cruz a través de las persecuciones, que nunca faltan en la Iglesia" (*Lumen gentium*, 42).

Quizá, en el pasado, poniendo demasiado acento en el martirio como acto extraordinario y supremo de la fortaleza cristiana, se ha disminuido la importancia de la fortaleza en los casos ordinarios, en lo que es "el martirio del amor cotidiano". Es decir, de ese testimonio coherente que todo cristiano debe estar dispuesto a dar, cada día, incluso a costa de sufrimientos y de graves sacrificios, en el cumplimiento de la propia vocación, en el trabajo profesional, luchando por la paz y la justicia... Ante las múltiples dificultades que la fidelidad al orden moral puede exigir, incluso en las circunstancias más ordinarias, el cristiano está

llamado, con la gracia de Dios invocada en la oración, a un compromiso a veces heroico, sostenido por la virtud de la fortaleza.

La fortaleza encuentra su raíz última en la resurrección, porque nos dice que cada instante de nuestra vida debe remontarse a la fe y a la esperanza en Jesús. Cada vez que el amor nos hace ir o encontrar el camino de la cruz, la resurrección nos dice que podemos ser fuertes, incluso en nuestra fragilidad, porque sabemos que la última palabra de nuestra vida no es ni la enfermedad, ni la muerte, ni la cruz. La última palabra de nuestra existencia es como la primera: es el amor. Porque el amor es dar la vida, y el Verbo se encarnó no por amor a la cruz, sino para dar la vida al hombre, porque tal es la voluntad del Padre. Y la resurrección es esa vida.

Magdalena Aulina era una mujer fuerte. Practicó la virtud cardinal de la fortaleza en grado heroico, ya que afrontó las dificultades y contrariedades de la vida con gran valentía y confianza en Dios, sin abatirse ni entristecerse. Siempre estaba serena ante los juicios desfavorables, las incomprensiones, los desprecios, las calumnias. Decía: "Si Dios quiere y ama su Obra, respetará siempre su pacto". Y también: "Cuando el Señor nos pide alguna cosa, ante todo debemos obedecerle, en lugar de hacer lo que nos conviene". Y otra vez: "¿Cómo podríamos mostrar nuestra fidelidad al Señor, si todo saliera bien?".

Magdalena vivió crucificada y murió crucificada. Sus graves enfermedades no la hicieron quejarse ni desalentarse. Por el contrario, mostró una vitalidad sorprendente. Se había ofrecido a Dios como víctima, segura de que su vocación era sufrir con Cristo víctima por amor. Y fue fiel al "Dios fuerte, santo, inmortal", como rezamos hoy.



Les deseamos
una santa Pascua
de paz y serenidad